

**¿Cómo puedo vivir la fe cuando mis amigos no la viven, y temo que piensen mal de mí o me rechacen?**

**L**a mejor respuesta a esta pregunta la da, con su vida, el mismo Cristo, que cumplió la voluntad del Padre a pesar del odio y la oposición que encontró a su alrededor. Pero pensemos también en los primeros cristianos a los que les tocó vivir la fe en un ambiente pagano. Y muchos tuvieron que sufrir el martirio por ser testigos de Cristo. Los cristianos que han tratado de ser coherentes con su fe, se han encontrado siempre con dificultades. Creer no es cómodo: «Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga» (*Evangelio según san Mateo* 16, 24). Pero, a la vez, sabemos que podemos sentirnos dichosos si sufrimos ataques y críticas: «Bienaventurados cuando os injurien, os persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo tipo de maldad por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo» (*Evangelio según san Mateo* 5, 11-12). La fe es fuente de alegría, pero no podemos olvidar que la causa de nuestra alegría nació en un establo y murió en una cruz.

Pienso que para vivir la fe en un am-

biente contrario, es preciso:

1. *Conocer bien la fe.* En una sociedad en la que existe tal pluralidad de ideas, opiniones, etc., y tal volumen de comunicación, el cristiano debe conocer muy bien su fe y saber dar razón de lo que cree y de lo que vive. Una fe no pensada, hueca, superficial y, sobre todo, no vivida, termina siendo una especie de carga molesta que se arroja por la borda. Por eso es tan importante «estudiar» la fe cristiana, las enseñanzas de Cristo y de su Iglesia, conocer los argumentos en los que se sostienen, pensar, reflexionar.
2. *Buscar la fuerza para vivir la fe.* No podemos vivir la fe cristiana solo con nuestras fuerzas humanas. Necesitamos la gracia de Dios. Por eso debemos acudir a las fuentes de la gracia: la oración y los sacramentos. A través de la oración crecemos en amistad íntima con Jesús. Nuestra vida cristiana no es solo vivir de acuerdo con unas verdades, sino vivir en amistad con el gran Amigo que nunca traiciona y al que, porque lo queremos, no queremos traicionar. En la Eucaristía encontramos el Alimento del camino de la vida. Sin ese Alimento no podemos re-

sistir los esfuerzos que requiere la vida de un hijo de Dios ni superar los obstáculos que encontramos al caminar. Y si a pesar de todo caemos, tenemos el sacramento de la Confesión, en el que es Jesús el que nos dice: «Yo te absuelvo de tus pecados», y recomenzamos con alegría y paz.

3. *Liberarse del miedo a la opinión ajena.* El deseo de quedar bien delante de los demás es una especie de tirano del que hay que liberarse. Es lógico que queramos quedar bien. Lo malo es cuando una persona quiere tanto el «quedar bien», que está dispuesta a lo que haga falta, incluso a traicionar la verdad y a sí misma por las treinta monedas del aplauso ajeno. Si nos cuesta mucho quedar mal por vivir la fe, tendremos que preguntarnos por qué. ¿Por qué damos tanta importancia a la «valoración» de los demás? Puede deberse a que no nos valoremos bien a nosotros mismos, que no acabemos de darnos cuenta de que nuestro «valor» no depende de lo que piensen otros, ni siquiera de lo que pensemos nosotros mismos, sino de lo que significamos para Dios. ¿Qué dirían un padre o una madre si les preguntáramos cuánto valen sus hijos? El hombre, cada hombre, vale toda la Sangre de Cristo. Tenemos que ser conscientes de nuestro valor como hijos de Dios para poner en su sitio la valoración de los demás.

4. *Buscar la amistad de otras personas que viven la misma fe.* La persona humana está hecha para convivir: ser amada y amar. Sin la ayuda de otros, no puede vivir como persona, ni puede vivir su

fe. Necesitamos apoyarnos mutuamente. Por eso creo que es tan importante la amistad con personas que luchen por vivir la fe. Y entre ellas, quizá podremos encontrar una que nos oriente de modo sabio y concreto en la vida espiritual.

5. *La mejor defensa es un buen ataque... de verdad y amor.* El cristiano no puede vivir amedrentado en un ambiente contrario. Hemos recibido de Cristo la invitación a extender su Palabra por todo el mundo, sabiendo que tenemos con nosotros al Espíritu Santo. El «ataque» al que me refiero consiste en vivir libre y alegremente nuestro derecho y deber de llevar a otros la fe, la Verdad, con nuestro ejemplo y nuestras palabras, con y por amor. No podemos ser cristianos «pasivos» ni permitir que nos impidan vivir el derecho de toda persona a la libertad religiosa, a la libertad de expresión, a la difusión de la verdad. Comunicar a otros nuestra fe, respetando siempre su libertad, es la consecuencia lógica de querer la felicidad de los demás. ■

**Para saber más:**

Catecismo de la Iglesia Católica, 1816; 2044-2046; 2471-2474; 2506.

Tomás Trigo